

XXI

EL WALZ.

Se hallaba el baile en toda su alegría. La multitud compacta y brillantemente matizada, apenas tenia el suficiente espacio para moverse.

La vista de tan variados trages era magnífica. Por acá y por allá mugeres sin caretas con el pretexto de tomar el aire, mostraban las encantadoras facciones de sus semblantes.

Las feas, en estas circunstancias, no dejaban de hacer uso del derecho de portar el antifaz.

En los puestos de naranjas del mercado de Choiseul, sucede lo mismo, en el monton las naranjas que se hallan á descubierto, todas están buenas.

Los compradores viendo la corteza de estos hermosos frutos que sirven de muestra fresca y jugosa, se dicen: las naranjas que conservan su cáscara son seguramente las mas frescas y mejores, se las estoge, se las sopesa y se las compra.....

Un vendedor de naranjas fué el primero que nos aconsejó á no amar nunca al través de una máscara.

En esta atmósfera tibia y embalsamada: en donde la luz, cayendo en raudales de los dorados techos, reflejaba sobre las molduras contorneadas, sobre los tersos pavimientos, y sobre el oro, diamantes y pedrería de los tocados, que despedían luces brillantes que aturdían la cabeza. Aquello parecia un oceano de terciopelos, de pedrerías, de flores, que ondulaban al soplo de no sé qué viento misterioso.

Se bailaba en los dos primeros salones, en el tercero se refrescaba: en la galería se

LIBRERIA ALFONSINA  
UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

bailaba tambien y mas lejos se jugaba igualmente un juego infernal.

Era esta una fiesta, ¡pardiez! pero una grande y hermosa fiesta.

Qué vez ha sucedido que *todo Paris* fuere tan poco galante, que correspondiese mal al llamado de una encantadora duquesa *espiritual*, y rica á millones?

*Todo Paris*, hace el desdeñoso con los ricos improvisados. Esto dicen, pero cuando está se dice, *todo Paris* se apresura á concurrir á sus fiestas.

Encontramos, en suma, que *todo Paris* es un gran príncipe pero que se ladea con la canalla con frecuencia.

*Todo Paris* desdeña y difama á los ricos improvisados: he aquí el principio.

Pero *todo Paris* va á casa del baron Pablo, porque tiene mucho talento, á casa del baron Pedro, porque es un estúpido, á la del conde Juan, por su fausto; á la del conde Bautista, por su mezquindad; á casa de Meyendorff, porque es judío; á la de Marandel, porque es cristiano; á casa de Mad. el Godard, porque es musulmana.

No hay mas que tener buenos caballos

para poder tener pergaminos que valgan algo.

Si *todo Paris* no ha ido todavia á casa del verdugo, es porque este funcionario no gasta fausto y vive en la soledad.

En los salones de la duquesa de Rivas, habia reunidos tan elevados personajes por sus antiguas gloria ys por su vieja nobleza, que este pobre *todo Paris*, conocia bien que no era mas que un *buen nombre*.....

Se tocaba al primer wals.

Jorge Leslie habia reclamado su derecho de Elena; y bailaron juntos.

El vizconde de Villiers, retenido por la fuerza al lado de la marquesa, habia ocupado el lugar vacio de Elena, y sufría un interrogatorio.

—Sois un prisionero por esta vez, primo mio, decia la marquesa, me vais á decir el nombre de ese francés, de ese M. Eduardo....

—Estoy comprometido, prima mia, respondió Enrique, y cumpliré mi palabra.

La marquesa acercó su asiento y se pasó la lengua por los lábios.

—Pero, prosiguió el vizconde, hay con-

ALFONSO

UNIVERSIDAD

U. A. N. L.

sideraciones.... deberes, prima mia.... Soy el amigo del señor duque de Rivas.

—El señor duque de Rivas! repitió la marquesa, y qué tiene que hacer aquí el nombre del señor duque?

—Vais á comprenderme, un escándalo en medio de una fiesta....

—Primo mio, exclamó la marquesa, cuya curiosidad la exaltaba, os protesto que no os comprendo bien.... De qué escándalo me hablais?

Enrique se acercó á su oído.

—Aquí está, murmuró.

—El francés!.... dijo la marquesa levantándose de su asiento.

—Chist!.... contestó Enrique, comprenderéis que esto es demasiado grave!

—Os juro ser discreta!

—Permitidme una pregunta solamente mi querida prima.... Si fuérais la señora duquesa de Rivas y que la casualidad hubiese traído á vuestros salones un personaje tal!....

—Comprendo! comprendo.... mas supuesto que seré muda....

Enrique movió la cabeza, su gesto y su actitud eran casi solemnes.

—No insistais, mi querida prima, dijo, tendré el sentimiento de no satisfacer vuestro deseo. No quiero ser cómplice, ni aun indirectamente de lo que aquí va á pasar.

—Pues qué vá á suceder?

—Ya he dicho mucho, murmuró el vizconde.

Enrique! Enrique! hablad en nombre del cielo! suplicó la marquesa, porque os prevengo que yo penetraré este secreto á vuestro pesar.... O'Brien vá á llegar....

—Si el general quiere instruiros, tanto mejor, porque así yo estaré á cubierto de toda responsabilidad.

Un ligero encarnado habia subido á su frente, pero él conservaba una tranquila sonrisa.

En este momento, el desconocido que habia entrado con él y Jorge Leslie, se le acercó y le habló en el oído.

Enrique respondió algunas palabras en voz baja, y el desconocido se perdió entre la multitud.

La marquesa creyó haber percibido el

ALFONSINA  
UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

nombre de O'Brien, pronunciado por la tercera vez.

—Quién es ese? preguntó.

—No habeis oído qué hablaba del general? replicó Enrique.

—Sí tal. . . . me pareció. . . .

—El general tiene muchos amigos, pronunció lentamente el vizconde; á su edad las viejas costumbres no se corrijen. . . El general es apasionado por las aventuras.

—Será cierto que el general se halla mezclado en esto?

—Yo tengo por el general una amistad verdadera, he hecho cuanto he podido por apartarlo. . . .

—Pero me volveis loca! exclamó la marquesa.

Después añadió en un arranque de sublime curiosidad:

—Mirad, vizconde, vos no amais á mi hija!

Enrique afectó no percibir lo cómico de la exclamación. Y por el contrario, dió á su fisonomía una expresión de profunda tristeza.

—Mi querida prima, dijo con patético

acento, Elena es mi última afección: he puesto en ella todo mi porvenir, todas mis esperanzas de dicha. . . .

—Y no teneis confianza en su madre?

—Escuchadme. . . .

La marquesa acercó mas su silla.

Habia una cosa que Enrique no podia decir, y esta era el nombre del francés.

Imposible de poder pronunciar un nombre cualquiera desconocido de todos; imposible tambien, de aplicar este nombre á un personaje real, era esta una acusación de infamia.

Henrique tomó las dos manos de su futura suegra, y prosiguió, eludiendo la cuestión principal.

—Me habeis obligado. . . . lo que voy á deciros es un secreto de vida y de muerte: no solamente el que llamais el francés está aquí, sino tambien su adversario. . . .

—Quién? interrumpió la marquesa, el conde Alberto de Rosen!

Enrique se levantó.

—Espero que no tendré que arrepentirme de esta confianza.

Hizo una reverencia y se alejó.

La marquesa quedó como sobre ascuas encendidas.

Ya no era en el palacio de la embajada donde ella se hallaba. Estaba en el teatro de la Puerta de San Martín; estaba sobre la escena en medio de una de esas fiestas, donde hay puñales bajo de cada vestido y pistolas en todas las bolsas. Su cabeza se trastornaba. El drama se representaba en medio de esta atmósfera radiante y perfumada. Al través de las máscaras percibía sangrientas y amenazadoras miradas. La marquesa vió pasar varias veces al *Bravo* dando el brazo á la *Veneciana!* .....

Venecia! Venecia! Oh! ciertamente era una noche de Venecia: pasiones feroces bajo los terciopelos: el pié de los enamorados que pronto resbalaría en la sangre: el canto voluptuoso mezclado luego á los gritos de la agonía!

Yago debía estar allí en alguna parte, y Shylock y otros pícaros, todos ribereños de las lagunas; la marquesa se preguntaba si le sería necesario atravesar el *Puente de los Suspiros* para regresar á su hotel....

La magnífica orquesta entretanto, continuaba tranquilamente el wals.

Pero en semejantes fiestas la orquesta es tan engañosa!

Las parejas pasaban, se balanceaban y daban vueltas; desgraciadas! no sabían...

La señora marquesa buscó con la vista á su hija, y no la vió.

Elena y Jorge habían dado dos vueltas de wals sin hablarse.

Elena estaba tan conmovida, que todo su cuerpo temblaba.

Jorge procuró hablar en el primer intervalo de descanso, pero no pudo.

Al comenzar de nuevo la llevó hácia el segundo salón.

—Por qué me alejais de mi madre?

—Cuántas cartas habeis recibido de miss Ellen Talbot, desde hace cuatro meses? preguntó Jorge en lugar de responder.

—Ellen no me ha escrito desde hace un año; replicó la jóven.

—En otro tiempo, os ha hablado del conde de Rosen?

—Me había dicho: "Soy amada, amo; voy á ser dichosa."

Jorge se detuvo al fin del segundo salon,  
—Ellen habia hablado con frecuencia de  
vos á su prometido, dijo.

Y como la jóven guardara silencio, Jorge  
prosiguió, bajando la voz:

—Amais al señor vizconde Enrique de  
Villiers?

Elena sintió que el rubor teñia su frente  
y sus mejillas.

En el fondo de su alma se asombraba de  
no experimentar ningun sentimiento de có-  
lera.

—No me respondeis? prosiguió Jorge  
Leslie. Hay no sé qué voz que me dice  
que Dios os ha preservado.

Elena levantó sobre él sus grandes ojos  
azules.

—Oh! sí, exclamó Jorge en un arranque  
de entusiasmo; hay almas que son herma-  
nas.... Si Ellen muriese, seriais la madre  
de su hija?

—Ellen.... morir!... murmuró Elena  
de Boistrudan.

—Ella os lo pedia en sus cartas, dijo  
Jorge.

—Me ha escrito, pues?

—Si hubiéseis sufrido como Ellen, con-  
sultad vuestro corazon, señorita, á quién le  
habriais pedido una lágrima, una oracion?

—A Ellen....

—Gracias á nombre de Ellen, á quien yo  
llevaré vuestras lágrimas y vuestra oracion!

La señorita de Boistrudan tenia los ojos  
cubiertos de lágrimas.

La mirada de Jorge brilló.

Su mano rodeó el talle de la jóven, y la  
arrastró de nuevo al torbellino del wals...

—La última vez que yo la ví, dijo, esta-  
ba muy débil y tan cambiada!....

Os acordais de su sonrisa?.... qué feliz  
y que bella jóven! lo que hace mas comple-  
ta vuestra semejanza, es esa mirada de án-  
gel que ambas teneis.... Me parece ver á  
Ellen cuando os miro: á Ellen en el tiempo  
de su fecilidad....

—Sabeis lo que ella me decia? me decia,  
tenemos el mismo corazon.... Ah! por qué  
se habrá olvidado de mí!

—Pero si no ha pasado un solo dia sin  
pensar en ella! interrumpió la señorita de  
Boistrudan.

—Ella os pidió desde muy léjos, y desde